

(Hoja autógrafo semanal para el servicio de la prensa hispano-americana)
Redacción y Admón: 17 y 19 rue Mauberge
París.

Año 11. - Núm. 72.
París 15 de Setiembre 1889.

Sumario: - Ojeada a la situación: Una gran jornada. Los últimos preparativos. ¿Vendrá o no vendrá. - Extranjero: Fin de una huelga. Atentado contra Crispi. Serbia y Bulgaria. - Miscelánea: París y la Exposición. El triunfo de la República. Los obreros de Barcelona. Lo que cuestan las guerras.

Los trabajos preparativos de la gran jornada electoral que debe realizarse en toda Francia el próximo domingo están atravesando en estos momentos un período de actividad vertiginosa. Todo el mundo se mueve. Ya comprenderán nuestros lectores que cuando decimos todo el mundo queremos referirnos exclusivamente al mundo político, es decir, al conjunto de personas que están más o menos caracterizadas por sus opiniones en favor de tal o cual fracción entre las muchas que en este país se disputan la supremacía política.

Hasta ahora la lucha había sido de carteles y de reuniones. Los candidatos han prodigado sus nombres en todas las esquinas, tanto, que difícilmente se encuentra, por lo que a París respecta, una sola esquina, un solo monumento, un solo edificio público que no estuviere materialmente cubierto, del primer piso abajo, de toda suerte de carteles multicolores anunciando a los pacíficos franceses - a muchos de los cuales les importa un ardite todo ello - la presentación de las innumerables candidaturas que van a librar batalla en la gran capital, todos a cual más confiando en la justicia de su respectiva causa y en la probabilidad más o menos problemática de su decantado triunfo.

Y sin embargo, todo esto no han sido hasta ahora más que ligeras escaramuzas, o, como si dijéramos, pequeños combates de vanguardia. Ha sido, por decirlo así, una especie de toma de posesión del terreno, de ese famoso terreno político, punto de partida de tantas ambiciones,

(2.)
y objeto de tantas discordias. A partir de mañana entraremos en la gran semana y antiferreo, como ocurrió en la semana que precedió a la célebre elección del 27 de Enero, a las luchas épicas de la última hora.

A los carteles que anunciaban a la multitud en mil formas distintas y en colores diferentes el nombre de los candidatos, van a suceder los carteles donde se ostentarán en caracteres majestuosos los programas y las profesiones de fe; y luego, en el último momento, veremos aquellos otros en que los candidatos se lanzarán unos contra otros los desafíos más terribles y los epítetos ^{más} desatemplados. Por fin vendrá el grito supremo de "¡a las urnas! ¡a las urnas!" y llegará sereno y radiante el día del combate decisivo, en el cual habrá de resolverse el complicado problema político de esta gran nación hacia la cual están hoy fijadas todas las miradas, lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Continente, como si del resultado final y definitivo de estas elecciones dependiese en realidad la suerte de medio mundo.

* * *

¿Qué diramos respecto de lo que repiten a voz en grito los prohombres de cada una de las fracciones que van a entrar en lucha? ¿Qué, acerca de lo que la prensa dice todos los días asegurando el triunfo de los unos o de los otros, según el matiz de la fracción en que el periódico milita? Los periódicos son, en realidad, la balanza de la opinión en tiempos y circunstancias normales; en el período que atravesamos, se engañaría quien creyese de buena fe encontrar en ellos la punta verdadera para predecir lo que ha de resultar en esta aun no nacida y ya famosísima e importantísima elección del próximo Domingo.

Todos a coro cantan por anticipado y con un estrépito ensordecedor la ansiada victoria. Los que más gallan, sin embargo, aquellos que con mayor desenfado anuncian con antelación peligrosa ese triunfo en que tirios y troyanos menear, son los órganos del partido llamado nacional o boulangista. La Presse, Le Futuriste, La Cocarde, es decir, la trinidad periodística en que se apoyaba el general Boulanger para llegar al cumplimiento de sus asendereadas ambiciones, vienen estos días llenos de ditirámicos elogios en favor del ídolo de hoy, probablemente el caído de mañana; y a creerlos a ellos, es tan segura la victoria, que ni siquiera quisiere llamarse la mo-

lística de sacar de su ilusión a los amigos del gobierno, los cuales ven a su vez el triunfo de sus candidatos tan entusiástico, tan indiscutible, que es cosa de no saber uno a qué atenerse ni como formular una opinión acertada o que se acerque siquiera a lo que en los actuales momentos ofrece mayores garantías de un éxito hoy a todas luces dudoso y problemático.

Ya insinuábamos, con todo, días atrás, que los amigos del gobierno, o sea, mal, los republicanos de todo matiz, estaban llevando la cosa por excelente camino, el único que en nuestro humilde concepto puede conducirlos al anhelado triunfo. Nos referimos al espíritu de concordia que había empezado a manifestarse entre las distintas fracciones del partido republicano, bajo la idea salvadora de unión de todos contra el enemigo común - el boulangismo - con objeto de salvar el orden de cosas existente del gran naufragio que le amenaza.

Ese mismo espíritu de concordia se ha puesto más en evidencia estos últimos días, y para convencernos de ello no tenemos más que registrar los hechos ocurridos en las distintas reuniones electorales que en provincias y en París se han celebrado durante el curso de esta última semana. Los boulangistas han tratado en algún punto de neutralizar el esfuerzo hecho por los republicanos en aquel sentido, tratando de sembrar la zizania entre éstos y trabajan todos maquináticamente para mantener entre ellos la desunión y la indisciplina; pero el buen sentido ha acabado por imponerse, y a la hora presente no es muy aventurado decir que existe, sino un perfecto acuerdo, o lo menos un acuerdo relativamente perfecto entre radicales y oportunistas para ir juntos a la lucha contra los boulangistas y los monárquicos coligados, lo cual constituye por sí solo un excelente síntoma en favor de los adversarios del "bras" general y hace presentir contra éste y sus amigos una terrible, una vergonzosa derrota.

A propósito del general Boulanger, los periódicos han anunciado estos días con cierto misterio que había abandonado su residencia de Londres para trasladarse a la isla de Jersey, desde cuyo punto - dicen - piensa efectuar su regreso a Francia dos o tres días antes del señalado para las elecciones, en ejecución, esto, del plan publicado días atrás por el Figaro y del cual nosotros nos hacíamos eco en una anterior correspondencia.

Si viene o no viene el general, poco hemos de tardar en saberlo. En uno u otro caso su caída definitiva nos parece inevitable.

Es ya un hecho, y un hecho que honra grandemente al cardenal Manning y al lord Alcalde de Londres, la terminación de la importantísima huelga a que estaban entregados desde hacía algunas semanas los millares de obreros que en aquella populosa capital se ocupan en la carga y descarga de buques.

El cardenal arzobispo y el primer magistrado de la gran ciudad han mediado en el asunto, consiguiendo de los patronos la mejora de salarios reclamada, y todo el mundo volverá, a partir de mañana, a las cotidianas tareas, no sin haber dado antes una gran lección a los que niegan la poderosa fuerza de la solidaridad, a la cual, tanto como a los esfuerzos hechos para llegar a una avenencia por los dos magistrados antes referidos, se debe la cesación del terrible conflicto en que se hallaban el capital y el trabajo en Londres a consecuencia de la última huelga.

Los obreros ingleses acaban de dar en este punto una soberbia lección a los obreros socialistas franceses. El espíritu de unión perfecta que ha reinado entre los trabajadores de la huelga a que nos referimos no ha reinado nunca entre los obreros de Francia, y mucho menos de París, en ninguna de las muchas huelgas a que hemos asistido y a las que con tanta frecuencia como sin ton ni son se entregan.

El ⁺⁺consejero de Italia, ⁺⁺M. Crispi, puede estar en cierto modo satisfecho. Su impopularidad iba cada día en creciendo y de repente le ha salido un loco en mitad del camino que, después de acecharle convenientemente, le ha dado con un canto de piedra en pleno rostro (en plena barba quisimos decir), cuya clase de atentados en medio de la calle no suele ocurrirle más que a los reyes o jefes de Estado, aun cuando los más de las veces la cosa no pasa de una simple tentativa más o menos bien organizada para levantar del polvo a una magistratura caída o para rehacer una popularidad abandonada.

El loco (?) que ha herido ligeramente en la barba al consejero italiano no le ha rehabilitado a los ojos de la opinión; pero en cambio podía haberle acertado de la misma manera con una bala de revólver - cosa que no deseamos ni a M. Crispi ni a nadie - y, además, ha hecho que de él se ocupen todos los periódicos del mundo, obteniendo a la vez una felicitación general por haber salido tan bien librado del accidente..., lo cual no deja de ser una compensación para el pequeño Bismarck trasalpino, sobre todo en el actual momento histórico.

"Y las olas crecen, crecen sin cesar." Este pasaje del Hoi
Q' Es refiriéndose a la invasión de la ciudad (de la leyenda, por
 las inquietas aguas, lo estamos recordando a cada momento
 los que habitamos París, al ver de qué modo va creciendo el
 oleaje humano por sus calles y, sobre todo, en su incompara-
 rable Exposición, objetivo principal del inmenso número
 de forasteros que todos los días se nos entran de rondón por
 todas las estaciones (de esta nueva Babilonia).

Los trenes de recreo se multiplican de una manera pas-
 mosa. De España solamente han venido esta semana una
 infinidad, y para mañana está anunciado otro, que ha debi-
 do partir hoy de Barcelona, el cual trae a París numerosísi-
 mo contingente de nuevos touristes, ávidos de contemplar de
 cerca la obra maravillosa del gran Centenario, que queda-
 rá aquí como uno de los títulos de gloria más considerables
 de esta Francia regenerada del presente siglo.

Y ya que de Barcelona hablamos, digamos de pa-
 so que ayer tuvo lugar en el Hôtel de ville la magnifi-
 ca recepción preparada por el Consejo municipal de Pa-
 ris, a la Delegación de obreros enviada por el Ayuntamiento
 de la hermosa capital del antiguo Principado para estu-
 diar las obras y los adelantos de esta grandiosa Exposi-
 ción. En aquel acto, por todo extremo cordial y afectuoso,
 se cruzaron varios entusiastas discursos - por cierto de un
 sabor republicano y socialista muy subido - entre el
 presidente de la municipalidad parisiense y el Sr. Genet (Pom-
 peyo), que preside la Delegación Obrera de Barcelona, y
 la fiesta se terminó con un espléndido lunch en el que se
 pronunciaron varios entusiastas brindis encaminados todos
 a patentizar el espíritu de confraternidad que une, hoy más
 que nunca, a los pueblos de aquende y allende los Pirineos,
 hijos de una misma raza y llamados a disfrutar en lo
 porvenir de idénticos destinos.

Ha sido celebrado estos días la ^{mise en escena} ~~representación~~ de la
 grandiosa Oda musical compuesta por Mme Auguste Holme
 y que representa el triunfo o la apoteosis de la República.
 La obra quizá no ha resultado tan grandiosa como muchos
 anunciaron; a lo menos bajo el punto de vista musical; pero
 la verdad es que estuvo presentada con un arte incompara-
 ble, y en este concepto el éxito fue realmente magnífico.

Terremos ya en París al Sr. Cánovas del Castillo. Ma-
 ñana debe llegar el Sr. Castelar. Con la presencia de tantos
 hombres de peso, hay quien teme que la torre Eiffel se venga al suelo
 o se quede tanañita.

Arturo Vinardell Roig.